

Reseñas

EDWARD GIBSON, *Class and Conservative Parties, Argentina in Comparative Perspective*, Baltimore, Maryland, Johns Hopkins University Press, 1996.

En *Class and Conservative Parties*, Edward Gibson busca superar la confusión que padece el estudio de los partidos conservadores y que es consecuencia del desacuerdo sobre cuáles son los elementos ideológicos que los identifican. Así, el principal objetivo del autor es ofrecer una propuesta teórica alternativa que, siendo independiente de los aspectos ideológicos, permita aproximarse certeramente al funcionamiento de los partidos conservadores en el terreno electoral. Este propósito es sumamente ambicioso, puesto que lleva al autor a centrarse en el aspecto socioestructural de dichos partidos, es decir, en el estudio de la formación de las coaliciones electorales entre distintos grupos sociales.

Bajo el objetivo principal de reanimar un debate teórico, se cobijan una serie de propósitos que generan grandes expectativas. En primer lugar, llama la atención la coherente y delicada relación entre estabilidad democrática y representación de intereses de los sectores privilegiados de la sociedad en los partidos conservadores. Estos sectores en cierta forma condicionan su aceptación de las reglas del juego democrático a la existencia de un canal de influencia política seguro para sus intereses —supuestamente representado por los partidos conservadores—. En segundo lugar, el autor intenta ejemplificar con el caso de Argentina los patrones de desarrollo de las fuerzas partidarias conservadoras. Este estudio de caso constituye la parte más extensa de su análisis, en particular lo que concierne a la etapa formativa del desarrollo de los partidos a principios del siglo XX, y al periodo de construcción partidaria en la década de los años ochenta. En esta parte Gibson recupera su perspectiva de estudio socioestructural, al ocuparse de la interacción de las élites socioeconómicas y los líderes de los partidos, así como de éstos y aquéllas con el Estado. Finalmente se extiende hasta el ámbito comparativo del estudio del desarrollo partida-

rio. Tras destacar algunos aspectos similares o contrastantes de la dinámica de élites de otros países latinoamericanos, el autor se aventura a las generalizaciones, movido por el ánimo de generar estudios dentro de su línea de investigación. Así, delinea los factores que condicionaron el desarrollo de fuertes partidos conservadores en diversos países de la región latinoamericana.

La propuesta teórica para entender cómo funcionan los partidos conservadores en el terreno electoral se desarrolla en el primer capítulo. Se define a estos partidos como vehículos para ligar a estratos altos de la sociedad con otros grupos en un proyecto político común, por lo que su estudio equivale al análisis de coaliciones electorales policlasistas.

Para deshilvanar fenómenos tan complejos, hay que partir del concepto de que el electorado central es el grupo que, por ser el principal proveedor de recursos, tiene más peso en la configuración de la agenda del partido. Este concepto implica una relación jerárquica en cuanto al grado de influencia que los miembros de la coalición ejercen sobre el partido; es mayor la del electorado central y menor e indirecta la de su base de apoyo masivo. Además, dado que los partidos conservadores obtienen su electorado central entre los estratos altos de la sociedad, cuyos recursos son considerablemente mayores que los del resto, éstos condicionan, en buena medida, sus posibilidades de acción política.

Sobre esta línea de argumentación, Gibson propone estudiar la interacción del electorado central con el liderazgo del partido, y otros grupos sociales. En teoría el liderazgo funciona como catalizador de las tensiones que surgen entre el electorado central y los grupos que participan coyunturalmente, en el movimiento electoral. Otra tarea del liderazgo es generar los elementos ideológicos que hagan posible la convergencia de varios estratos de la sociedad en las urnas. Los partidos conservadores, como representantes de las clases privilegiadas, tienen mayores dificultades para obtener apoyo masivo. Por ello funcionan bajo una lógica de división vertical de la sociedad, es decir, por medio de la labor de sus líderes generan elementos de identificación que subsanan las fracturas tradicionales de clase (religión, nacionalismo, etnicidad, etcétera).

El panorama de la dinámica multclasista de estos partidos se completa, según el autor, mediante el análisis de los diferentes canales de participación en el proceso político. La actividad electoral represente sólo una de las diversas posibilidades que existen en el espacio de "lo público". Este hecho, particularmente notable en América Latina, tie-

ne una influencia directa en la desinstitucionalización de los partidos, pues la especialización del liderazgo en la actividad partidaria y el compromiso del electorado central para con el partido pueden ser fácilmente rebasados por otros actores, como por ejemplo, la tecnocracia y los grupos de presión.

Una vez establecidas las herramientas analíticas, el autor centra su análisis en el desarrollo del conservadurismo argentino desde sus orígenes hasta la actualidad. Los capítulos segundo al sexto contienen, a manera de exposición histórica, los principales eventos ocurridos en la dinámica de las élites argentinas, que incluyen a los más importantes grupos socioeconómicos, a los líderes partidarios y los gobernantes.

En el segundo capítulo, ofrece un minucioso rastreo de las causas del fracaso del conservadurismo argentino como fuerza política viable en el terreno electoral. A principios del siglo la contraposición entre los intereses económicos de las élites de la región metropolitana y las de las provincias se trasladó al ámbito político, lo que obstaculizó la formación de alianzas interregionales entre los estratos superiores de la sociedad. Así, el *clivaje* económico-regional definió el desarrollo del conservadurismo hasta los años ochenta y generó la atomización de los partidos, y con ello, la multiplicación de intereses organizacionales. Cuando en los años ochenta el predominio de las ideas liberales debilitó el *clivaje* económico-regional, tomaron su lugar, como fuente de discordia entre élites y partidos conservadores, los intereses organizacionales. De esta forma, la fragmentación aparece como un "defecto genético" que impidió al conservadurismo argentino devenir en una fuerza político-electoral viable.

En este capítulo, Gibson también explora la relación entre partidos conservadores fuertes y estabilidad democrática, la cual pasa por las formas organizacionales de representación de intereses de los sectores altos de la sociedad y, por tanto, por los partidos conservadores. En el caso argentino, la fragmentación e inexperiencia del conservadurismo en la política de masas ocasionaría que la construcción de un partido nacional representara una opción poco ventajosa para las clases privilegiadas que, por ende, no contribuyeron de manera decidida al imperio de la actividad electoral como medio de influencia política. La coerción o la burocracia (tecnocracia) del Estado representaron medios más accesibles y seguros para resguardar sus intereses que la política partidaria. De ahí la complicidad del conservadurismo con los diversos regímenes militares en la Argentina del siglo xx.

En el capítulo tercero el autor recupera el factor regional para explicar el fallido intento de ingeniería militar, entre 1979 y 1983, mediante

el cual se trató de crear bases institucionales que garantizaran el liderazgo civil de las fuerzas conservadoras federalistas (la suma de las distintas corrientes conservadoras del interior) en el sistema. El argumento es que, además de los problemas comúnmente citados —la debilidad del régimen para imponer la transición a su manera, debida a la división de la élite militar en lo relativo al alcance de la apertura política y a la derrota en la guerra de las Malvinas— al elegir a la corriente federalista para impulsar una agenda económica liberal (ideada por los conservadores de la metrópoli), el régimen militar reanimó el conflicto de intereses regionalistas y obstaculizó, así, la frágil unidad que los diversos partidos locales podrían haber obtenido en la transición.

Los siguientes tres capítulos tratan sobre el desarrollo del conservadurismo argentino después de la transición democrática de 1983. Las elecciones fundadoras implicaron el establecimiento, *de facto*, de las reglas de la democracia como único método válido para acceder al poder. Este hecho ocurrió justo cuando las circunstancias eran más adversas al conservadurismo; la corriente federalista estaba desprestigiada por su colaboración con el régimen militar, mientras la corriente liberal del centro se encontraba en absoluta desmovilización. Por estas razones, el conservadurismo se vería obligado a incursionar de lleno en el terreno electoral, como medio para recuperar influencia política.

En 1982 se fundó en Buenos Aires un nuevo partido conservador, Unión del Centro Democrático, el único en la historia del conservadurismo argentino que logró un espacio importante en la escena electoral. En lo que resta del libro, la Ucede es el objeto de análisis, pues su desarrollo fue, en gran medida, determinante de la dinámica del conservadurismo argentino durante los años subsecuentes. En esta segunda parte del estudio de caso, el autor se ocupa nuevamente de la actividad de las élites en tres aspectos: sus líderes, su electorado central y la relación de éstos con el Estado.

A sólo un año de su creación, en 1983, la Ucede obtuvo 8.7% de la votación para el Congreso. Este éxito inicial se debió al apoyo de los estratos altos de Buenos Aires, que respondieron a la clara diferenciación de su agenda política respecto a las de otros partidos. A los ojos del autor, esto significó para la Ucede la obtención de un electorado central, es decir, un grupo de individuos influyentes y comprometidos, formado por quienes eran escépticos en cuanto a la democracia como panacea para resolver los problemas del país, y respecto a la bandera de "justicia social", común al resto de los partidos. El poste-

rior crecimiento de la Ucede facilitó la pluralización del liderazgo y, tras una lucha interna, vino su democratización, o sea el desplazamiento del reducido cuadro de líderes que lo dirigió durante sus primeros años.

Por otra parte, la sociedad argentina había sufrido cambios estructurales como consecuencia de las reformas emprendidas por el último régimen militar. El crecimiento de la población urbana y la atomización de la estructura ocupacional, en un contexto de crisis económica y desprestigio del estatismo, facilitaron la posterior "popularización del liberalismo", es decir, la adopción de estilos de movilización popular que incluían a las clases medias y a los sectores urbanos de bajos recursos.

Sin embargo, a este éxito inicial lo siguió una serie de tropiezos que limitó las posibilidades de consolidación de la Ucede. Si bien la estrategia de popularización dotó al partido de apoyo masivo, también le ocasionó tensiones con su electorado central, pues las consignas populares entraron en conflicto con los individuos de clase alta. Además, la relación del partido con su electorado central, desde el punto de vista de un grupo de interés, nunca fue suficientemente fuerte. El abrazo del liberalismo, por parte de la Ucede, hizo crisis con la comunidad empresarial que, acostumbrada a la tutela del Estado, no acababa de aceptarlo como credo. Finalmente, el hecho de que las relaciones entre los empresarios y los gobiernos de Raúl Alfonsín —excepto en sus primeros años de gestión— y Carlos Menem se mantuvieran en buenos términos evitó que el empresariado, como grupo, financiara al partido, ya que la posición tradicional de distanciamiento de las actividades partidarias resultaba aún ventajosa.

Finalmente, lo que Gibson llama la fluidez en los canales de influencia política obstaculizó la consolidación del partido. En el periodo de Raúl Alfonsín fue totalmente excluida la participación de los líderes conservadores en el gobierno, por lo que la arena político-electoral fue una opción necesaria. Sin embargo, la estrategia del presidente Carlos Menem, que llegó a la presidencia en 1989, fue exactamente la contraria. Su llamado a la colaboración de los líderes más importantes de Ucede con su gobierno tuvo consecuencias desastrosas para este partido: el ala reformadora perdió poder en términos reales; el partido perdió credibilidad ante la opinión pública; la notoriedad de los líderes conservadores no significaba notoriedad para el partido, como sucedería, en cambio, si su desempeño fuera errático. En fin, este hecho contribuyó, de manera decidida, al abandono de la construcción partidaria por parte de sus líderes.

El resultado final de los problemas de Ucede con su electorado central, principalmente en su carácter de grupo, y, por otra parte, la cooptación de su liderazgo por parte del Estado, lo llevó de manera progresiva a la desmovilización y a la absorción de su base de apoyo masivo por el Partido Justicialista. La caída del conservadurismo fue tal que, en 1995, ningún partido conservador o coalición con esta tendencia presentó candidato a las elecciones presidenciales.

En general son adecuadas las herramientas teóricas elaboradas por el autor para tratar el caso del conservadurismo argentino, cuyo fracaso para convertirse en alternativa política en el terreno electoral, como queda demostrado, responde a la dinámica de las élites. *Class and Conservative Parties* aporta, así, un enfoque que permite tomar distancia respecto de la diversidad de posiciones ideológicas que han estado ligadas a los partidos conservadores y su análisis. Los aspectos ideológicos son, de esta forma, propiedades que obedecen a las necesidades de los partidos conservadores más que características que definen su actividad. Ésta se explica más por los conflictos y los acuerdos entre las élites socioeconómicas y políticas que por la oposición entre los valores conservadores —la mayoría de las veces difíciles de definir— y aquellos que sostienen otros grupos de la sociedad.

Sin embargo, si se toma en cuenta que, al menos en el caso argentino, la incapacidad de las fuerzas conservadoras para consolidar un partido fuerte tuvo su origen en pugnas de intereses económicos interelitistas, ¿podría entonces argumentarse que sería necesaria una mayor homogeneidad en los intereses de las clases privilegiadas como condición para consolidar partidos conservadores?

En cuanto a los aspectos comparativos de la obra, aun cuando son tratados con menor profundidad, vale la pena comentar el principal argumento que el autor esgrime para explicar los casos contrastantes de los partidos conservadores de varios países latinoamericanos. En aquéllos países como Chile, Colombia y Uruguay, donde existió una competencia entre partidos controlados por las élites previa al establecimiento del sufragio universal —de la política de masas— fue posible controlar “desde arriba” la integración de los sectores masivos de la sociedad y aun las formas institucionales en que se daría la competencia. En cambio, otros países como Brasil, Perú y, por supuesto, Argentina, no corrieron con tal suerte y se vieron obligados a establecer arreglos interoligárquicos en los que el Estado se convirtió en el escenario de negociación de conflictos interelitistas y la competencia partidaria quedó subordinada a estos acuerdos. Es también en ellos donde el desarrollo de los partidos conservadores ha sido infructuoso.

Es necesario enfatizar la paradoja que este argumento implica para el alcance de la democracia en los países latinoamericanos, ya que del control de las formas institucionales de competencia partidaria y de la integración de las masas al sistema por parte de las élites se desprende también una probable restricción o al menos un control de la participación de otros grupos en el sistema. El que esta cuestión sea evadida de manera explícita por el autor no le resta importancia práctica. México es el mejor ejemplo de las dificultades que un país puede llegar a enfrentar para superar un sistema democrático más aparente que real. Si en verdad existe este tipo de *trade off* entre formas y alcance real de las instituciones democráticas, es necesario replantear las condiciones que los países de la región enfrentan para consolidar un sistema pacífico de convivencia que garantice la inclusión de todos los grupos sociales.

Por otra parte, la estructura del libro es algo desequilibrada, pues los seis capítulos que contienen la explicación del desarrollo del conservadurismo argentino comprenden periodos de tiempo bastante desiguales, al punto que el segundo capítulo abarca cerca de un siglo, mientras el resto sólo dos décadas. Dentro de este problema de forma, el capítulo tercero, donde el autor explica el fracaso del proyecto de transición democrática del régimen militar en función de la fragmentación interna del conservadurismo, parece responder más a una necesidad de presentar el análisis con continuidad histórica, que a dar argumentos distintos de los esgrimidos en el capítulo anterior.

En conclusión, *Class and Conservative Parties* es una obra bien lograda, exhaustiva y demostrativa del potencial del estudio sistemático de la historia –apoyado en herramientas técnicas– para entender los fenómenos políticos más complicados. Su autor explota los instrumentos más importantes de las ciencias sociales; el estudio de caso, el estudio comparativo y el desarrollo teórico. Intentar correr los tres caminos en una sola obra parece desmesurado, pero Edward Gibson establece los límites de cada uno de sus propósitos y abre vetas prometedoras para el estudio de los partidos políticos sin desbordar sus inquietudes.

BEATRIZ A. CAMPILLO